

LA PASCUA DE JESUCRISTO FUNDAMENTO DE LA MISIÓN

En su exhortación apostólica post-sinodal *Evangelii nuntiandi*, san Pablo VI declara que: «Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena» (EN 7). San Juan Pablo II retoma la misma idea en *Redemptoris missio* cuando afirma que: «Al ser él la “Buena Nueva”, existe en Cristo plena identidad entre mensaje y mensajero, entre el decir, el actuar y el ser» (RM 13). No solo Cristo proclama el Reino, sino que él es, ante todo y, sobre todo, la *autobasileia*, hasta tal punto que se puede decir que la eficacia y la eficiencia de su misión residen en la identificación total de su persona con la Buena Nueva que anuncia. Más precisamente, la misión del Hijo no es más que una comunicación de la vida divina a la humanidad en una autodonación continúa, desde su Encarnación hasta su resurrección de entre los muertos, a través de sus milagros, de sus acciones y sus enseñanzas. El misterio de Cristo y su ministerio terreno se han desarrollado en una doble oblación: el don de su vida al Padre, de quien recibió su misión, y el don de su vida a sus hermanos y hermanas, hijos e hijas de Dios, que él ha querido reunir en una única familia. Al llevar a cabo esta misión, el *modus operandi* de Jesús, antes y después de Pascua, se diferencia y se completa. En el período prepascual, la misión que Jesús confió a sus discípulos parecía limitada en el tiempo y en el espacio (cf Mt 10,1-16); en el período postpascual, por el contrario, hay una universalización y globalización de la misión (cf Mt 28,16-20). Esto realza el carácter central y fontal del misterio pascual en la misión como acción de Dios y don-responsabilidad de la Iglesia.

En su pasión, muerte y resurrección, Jesucristo persigue y lleva a cabo de una manera más incisiva, decisiva y definitiva su misión de autodonación, que consiste en la comunicación de la vida divina para la salvación de las gentes (cf Mc 10,45). En la misión post-pascual confiada a sus apóstoles, el don de la nueva vida se universaliza y se extiende hasta los confines de la tierra. San Juan Pablo II en la *Redemptoris missio* señala que «todos los evangelistas, al narrar el encuentro del resucitado con los apóstoles, concluyen con el mandato misional (Mt 28,18-20; cf Mc 16,15-18; Lc 24,46-49; Jn 20,21-23)» (RM 22). Esta unión o concomitancia entre la misión y la resurrección es tan fuerte que se puede decir que la resurrección significa la misión, porque la exaltación del resucitado es el acto de fundación de la misión universal (cf Mt 28,18). La misión, y por tanto la resurrección de Cristo, no son más que la transmisión de la vida nueva en el Espíritu, la vida divina a la que toda la humanidad está llamada a tomar parte debido al movimiento centrífugo de la misión universal, que el resucitado inaugura enviando a sus discípulos por todo el mundo. Esta misión de comunicación de la vida de Dios con el derramamiento del Espíritu del Padre y del Hijo se universaliza en el advenimiento pascual de Pentecostés. El anuncio, el bautismo y el discipulado establecen a partir de Jesús el envío en misión de los doce apóstoles y de los discípulos.

Antes de Pascua, el Espíritu mora en la persona de Cristo y obra a través de él. Después de su resurrección, el Paráclito se transmite a los apóstoles y actúa a través de ellos y con ellos para hacer que el Cristo resucitado esté presente de manera efectiva. A partir de la efusión del Espíritu en la Pascua, san Juan Pablo II en la *Redemptoris missio* afirma que cada misión tiene dos denominadores comunes (cf RM 23): una dimensión universal, es decir católica, que se encuentra en las expresiones «a todas las gentes» (Mt 28,19), «a todos los pueblos» (Lc 24,47), «por todo el mundo [...] a toda la creación» (Mc 16,15), «a todas las naciones» (He 1,8); y además, la evangelización tiene una dimensión pneumatológica que se expresa mediante la omnipresencia y la omnipotencia del Espíritu. El don de lenguas significa, básicamente, que él es el artífice de la unidad en la diversidad y

el protagonista de la diversidad en la unidad, tanto en la Iglesia como en el mundo. El plan divino para la reunificación de la humanidad en un solo rebaño se realiza con la Iglesia. A través de la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo, la humanidad no solo se reconcilia con Dios, sino que disfruta verdaderamente, en la Iglesia y por medio del don del Espíritu Santo, de la verdadera comunión con Dios.

La edificación, la «renovación» permanente y, en general, la misión de la Iglesia, se realizan gracias a las «dos manos de Dios», según la hermosa fórmula de san Ireneo de Lyon, es decir Jesucristo y el Espíritu Santo. La Iglesia de Dios está radicalmente marcada por el evento de la Cruz. Desde la muerte y la resurrección, la humanidad está reconciliada con Dios, se introduce en el «tiempo de Dios» y la Iglesia se constituye como un espacio privilegiado de comunión con Dios. El «tiempo de Dios» es el tiempo de la gracia para la Iglesia. A través de su cruz, Cristo rompe el muro que separaba a la humanidad pecaminosa de Dios. El «tiempo de Dios» se convierte en «el tiempo de la Iglesia» en Jesucristo. Cristo, con su resurrección, el primogénito de entre los muertos, introduce el cuerpo eclesial en la comunión de la Santísima Trinidad. La Iglesia está así en comunión con la santidad de Dios. Una comunidad santificada por el sacrificio de la Cruz, la Iglesia es el cuerpo de Cristo que es, a su vez, la cabeza de la Iglesia. No se trata de una comunidad estática, sino dinámica en el tiempo y en el espacio, una comunidad enriquecida y asistida permanentemente por el Espíritu Santo.

En este mundo la Iglesia es «la parte concreta de la humanidad» que existe para que se manifieste de manera efectiva y visible la gloria de Dios. Esta gloria pasa por «el espacio de la salvación» abierto por la Cruz, por medio de la cual Cristo se une a su Iglesia, es decir, a la humanidad entera, y la salva. La Iglesia no existe para sí misma sino para la redención de la humanidad, para la manifestación de la gloria de Dios. La misión de la Iglesia nace de la Pascua. El anuncio de Cristo resucitado es a la vez el fundamento, la fuente y la misión de la Iglesia (cf Hechos de los Apóstoles). La razón de ser de la Iglesia consiste en continuar la obra de reconciliación de Jesucristo a través de su Santa Cruz, en el Espíritu Santo. La misión de la

Iglesia está llamada a ser, en su conjunto, el sacramento de la reconciliación de la humanidad con Dios. De acuerdo con la afirmación de Ireneo: «De hecho, la gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios: si ya la revelación de Dios a través de la creación da vida a todos los seres que viven en la tierra, mucho más la manifestación del Padre por medio del Verbo es causa de vida para los que ven a Dios» (*Adversus haereses* IV, 20,7).

La Iglesia, cuerpo de Cristo, participa en el mismo Señor Jesús en la construcción y el crecimiento del reino de Dios. El crecimiento del reino de Dios es el crecimiento de la misma Iglesia. En Jesucristo se realiza la santificación de la humanidad y aumenta la Iglesia su cuerpo: «El Hijo de Dios, en la naturaleza humana que tomó para sí, venció a la muerte con su muerte y resurrección, y así redimió al hombre y lo convirtió en un ser nuevo (cf Gál 6,15; 2Cor 5,17). En efecto, por la comunicación de su Espíritu a sus hermanos, reunidos de todos los pueblos, Cristo los constituye místicamente en su pueblo» (LG 7).

La Iglesia es santa porque en Jesucristo, su esposo, ella participa de la santidad de Dios. La Iglesia encuentra en Jesucristo, su cabeza, la perfección hacia la cual progresa y se siente atraída (cf Ef 4,13). La Iglesia está íntimamente ligada a Cristo. Solo en Cristo existe realmente: «Cristo, el único mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un organismo visible. La mantiene así sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos y el cuerpo místico de Cristo, el grupo visible y la comunidad espiritual, la Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y el humano» (LG 8). San Agustín usó la expresión sublime de «Cristo total» para indicar la relación íntima entre Cristo y la Iglesia y para expresar el esplendor y la plenitud hacia la cual tiende cada Iglesia en camino. El «Cristo total» es la unión íntima entre Cristo-cabeza y la Iglesia-cuerpo, en todo momento y en todo lugar. No hay Iglesia sin Cristo: «La cabeza y el cuerpo forman un

único Cristo; no en el sentido de que no esté íntegro sin el cuerpo, sino en cuanto que se dignó ser un todo íntegro con nosotros el que aun sin nosotros existe íntegro no solo en cuanto Palabra, como Hijo unigénito del Padre, sino incluso en el hombre mismo que tomó, con el cual es, al mismo tiempo, Dios y hombre. [...] Todos en conjunto somos los miembros y el cuerpo de Cristo; no solo los que estamos en este recinto, sino también los que se hallan en la tierra entera; ni solo los que viven ahora, sino también, ¿qué he de decir? Desde el justo Abel hasta el fin del mundo, mientras haya hombres que engendren y sean engendrados, cualquier justo que pase por esta vida, todo el que vive ahora, es decir, no en este lugar, sino en esta vida, todo el que venga después; todos ellos forman el único cuerpo de Cristo y cada uno en particular son miembros de Cristo. [...] Y como dijo también de él que siempre es *la cabeza de todo principado y potestad* (Col 2,10), esta Iglesia, peregrina ahora, se asocia a aquella otra Iglesia celeste, donde tenemos a los ángeles como ciudadanos. [...] Y cuando Pablo, ya predicador de Cristo, sufría, de parte de otros, lo mismo que él había hecho sufrir cuando era perseguidor, dice: *Para suplir en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo* (Col 1,24), mostrando que cuanto él padecía pertenecía a la pasión de Cristo. Esto no puede aplicarse a él en cuanto cabeza, puesto que, presente ya en el cielo, nada padece; sino en cuanto cuerpo, es decir, la Iglesia; cuerpo que con su cabeza forma el único Cristo» (San Agustín, *Sermón 341*, 11-12).

Después de Pentecostés, el Señor Jesucristo ya es totalmente inseparable de la Iglesia, aunque la trasciende y le debe todo lo que es. No hay Iglesia sin Cristo resucitado. La noción del «Cristo total» de san Agustín ilumina de manera admirable la comunión entre Cristo y la Iglesia y también entre todos los miembros de la Iglesia y Cristo, tanto personal como comunitariamente. La Iglesia es una en Jesucristo. El «Cristo total» es la cabeza, el Cristo, y el cuerpo es la Iglesia.

La Cruz, la Resurrección y Pentecostés son momentos decisivos de la comunión eclesial con la Santísima Trinidad. Estos momentos son distintos, pero no separados. La unidad lingüística que en un tiempo fue quebrada

por Babel se reconstruye en Pentecostés a través del don del Espíritu Santo. A la confusión de las lenguas y a la separación de la humanidad que simboliza Babel, tal como nos recuerda el capítulo 11 del Génesis (cf Gén 11,1-9), responde la reunificación de la humanidad en la inteligencia del testimonio apostólico y en la eficacia reconciliadora del Espíritu. En Babel hay un solo lenguaje, un símbolo de unidad vivido y roto por la orgullosa pretensión humana; en Pentecostés, la multitud de lenguas, símbolo de las barreras levantadas entre los pueblos, se unificaron en el entendimiento común de la Palabra apostólica. Tal es la obra del Espíritu de los «últimos días». El fuego de este único Espíritu, que se adueña de cada uno tomado en su singularidad, abraza a la multitud para volver a unirla en una sola unidad. La comunidad que nace de Pentecostés se reúne con Dios a través del poder del Espíritu Santo. En Pentecostés, «la orgullosa pretensión humana» cede el puesto a la comunión; la diversidad humana está encerrada por la unidad en la multitud. Gracias a la presencia activa del Espíritu Santo, la Iglesia actualiza y anuncia el Evangelio. La Iglesia no ejerce este ministerio de comunión para adquirir méritos propios. La Iglesia que predica lo hace con el compromiso de la cualidad de su apego a Cristo. La Iglesia reconciliada evangeliza y participa, en el tiempo y en el espacio, en la construcción del reino de Dios, del cual ella misma forma parte plenamente *hic et nunc*.

Octubre
2019